

Conferencia magistral I: Lo siniestro como núcleo de la clínica contemporánea

XXXIV Simposium de las Américas: "El encuentro
con lo siniestro y sus efectos en la clínica"

NORBERTO MARUCCO*

Primero que nada quiero agradecer mucho a la Asociación Psicoanalítica de Guadalajara por haberme invitado. Es un placer estar con ustedes en estos momentos. La situación que estamos viviendo, al mismo tiempo que nos trae muchos inconvenientes, favorece este tipo de posibilidades que antes teníamos, pero no las podíamos usar, no las sabíamos usar.

Segundo punto: no va a ser estrictamente una conferencia. Voy a hablar yo, por supuesto, pero será una charla en el sentido de que voy a hacer comentarios que, al final, van a formar alguna idea. Al principio pueden parecer comentarios aparentemente deshilvanados. Bueno, deshilvanados como uno puede pensar la obra de Freud y el texto sobre *Lo siniestro*, que es un texto que fue poco frecuentado en el psicoanálisis internacional; diría que es un reconocimiento de ustedes. Les diría que fue un acierto pensar en este tema. Yo puse en mi título "Lo siniestro como núcleo de la clínica contemporánea".

Dicho esto, quiero decirles dos o tres cosas que son aparentemente independientes. Cada vez que yo hablo, trato de definir cuál es mi posición respecto al psicoanálisis contemporáneo, que es muy importante. Mi posición es que yo soy un analista que piensa que el inconsciente va más allá del lenguaje, o sea, no estoy diciendo que no es lenguaje, digo que va más allá del lenguaje. Esto obviamente apunta a que lo siniestro no es lenguaje, es un sentimiento, es angustia. Después lo iremos definiendo. Yo defino que el análisis transcurre entre dos intrapsíquicos: el intrapsíquico del paciente y el intrapsíquico del analista, y el intersubjetivo, que reúne los dos. Esto quiero definirlo

*Norberto Marucco
Psicoanalista Titular
en función didáctica
de la Asociación
Psicoanalítica de
Argentina (APA).
Director del Instituto de
Psicoanálisis de la APA.
Miembro de FEPAL y
de IPA. Conferencista
de las Universidades
del Salvador, Pavia
y Padua (Italia), San
Marcos (Perú) y San
Pablo (Brasil). Autor del
libro *Cura analítica y
transferencia*. Coautor
de varios libros
editados en Argentina,
Italia y Francia.

maruconor@gmail.com

bien. Yo considero que soy un lector del inconsciente del aparato psíquico del otro. Soy un lector de mi inconsciente a través del autoanálisis, pero, además, un lector que comprende lo que pasa entre los dos. Sin este movimiento es muy difícil el progreso.

Tercer punto que quiero mostrar como muy importante: yo pienso que estoy enrolado en una gran camada de psicoanalistas del mundo que privilegian lo terapéutico. Yo no puedo entender el psicoanálisis de los 70 o de los 80, que era el análisis por el análisis, digamos. A mí me parece que cuando la gente consulta es porque sufre, y la tarea analítica es tratar de limitar, de disminuir este padecer que el paciente trae.

Voy a hablarles ahora de cómo pienso esta problemática del psicoanálisis contemporáneo con la aparición del COVID en un nivel, obviamente, y con la aparición de cómo mueve esta situación del COVID la teoría psicoanalítica y la práctica y la clínica psicoanalíticas. Hay, en ese sentido, un texto que ahora voy a retomar, que es "Lo siniestro en el Yo", que aparece, vuelvo a decirles, de una manera extraña. Freud padeció la gripe española: una gripe, les recuerdo, del año 1918, 1919 y 1920, y que acabó con 50 millones de personas, un tercio de la sociedad europea y que, al mismo tiempo, aparentemente, no trajo ningún texto de Freud dedicado a la pandemia. Fíjense que ahora tenemos mil textos dedicados al coronavirus. A mí me parece que esta significación intelectual del coronavirus no la tuvo Freud. Sin embargo, saca de un cajón un texto que había escrito allá por 1913, que se llamaba "Lo siniestro", y lo retoma y lo reescribe en el año 1919, en que lo publica. Quiero decir, en plena pandemia Freud no deja

de pensar en los efectos de esa pandemia. ¡Vaya manera de abordarla! Porque fíjense que uno puede pensar que lo siniestro produce un efecto importante en Freud; un Freud muy entusiasmado con la palabra, con el lenguaje, porque podemos pensar que *La interpretación de los sueños* es claramente un homenaje a la palabra. Lacan, cuando retorna a Freud, hace un retorno a *La interpretación de los sueños* y a la palabra. Sin embargo, ese hilo que une al psiquismo con lo inconsciente, con el más allá, podríamos decir, es algo que no tiene palabras, es el ombligo del sueño.

Eso que no tiene palabras es uno de los desafíos del psicoanálisis contemporáneo. Cómo dar palabras a aquello que es sin palabras, que está más allá de la palabra y, ¿qué es lo que está más allá de las palabras? Más allá de las palabras está el Otro. El Otro, la madre, el padre, la cultura. Ese Otro que, de algún modo, interviene con uno. O sea, uno reconoce el mundo pulsional de cada uno de nosotros. Uno reconoce que el niño, cuando nace, tiene pulsiones. Instintos, diría Melanie Klein, y los proyecta, quiere comerse el pecho. Pero ¿los padres no tienen pulsiones? Las pulsiones que Freud descubre en 1919, prácticamente con *Lo siniestro*, que está muy cerca de *Más allá del principio del placer*, en donde plantea que hay una nueva pulsión, que ya no es sólo sexualidad y autoconservación, es sexualidad y muerte. Pulsión de muerte, destructividad.

Este es uno de los temas que me parecen candentes en el psicoanálisis contemporáneo. Ya no es tanto el análisis de la sexualidad reprimida, y sí una intención de entender el odio, la violencia, la destructividad. Aquello que destruye, que mata. Un ejemplo de lo

que destruye y mata ya no son guerras exactamente, sino —me parece— que la pobreza en el mundo, en Latinoamérica, es casi una forma de genocidio. Los chicos son los que más la padecen. En mi país, el 52% de los adolescentes no tienen para comer. Esto es, de algún modo, un genocidio que tiene que ver con las pulsiones de destrucción que anidan en el ser humano. Yo no sé si la pulsión de destrucción es solamente biológica, como la describió Freud en su especulación en el año 20, sino que es una pulsión de muerte que tiene que ver con el Otro. Otra vez, ese Otro con mayúsculas, ese Otro, con el Otro. El Otro también desea la muerte.

Lo siniestro es la descripción por Freud de un doble. Un doble que, de protector de la vida, se transforma en el embajador de la muerte. Volvamos al Freud anterior a 1919, un doble que, de protector ante la represión de la sexualidad, que trataba de proteger al niño sexual, no de ejecutarlo con la castración, sino salvarlo de esa represión cultural; ahora se da cuenta de que hay algo dentro del psiquismo humano que empuja al ser humano a su destrucción. Punto aparte.

Podemos pensar: ¿por qué Freud, cuando escribe *Duelo y melancolía*, posterga tres años su publicación? ¿Por qué la depresión, que es la primera enfermedad del mundo que les ha sacado el puesto a las enfermedades cardiocirculatorias, es una epidemia? Me da la impresión de que la depresión es tan poco estudiada por el psicoanálisis porque la depresión nos enfrenta con algo muy terrible para los psicoanalistas, que es la muerte. La melancolía está asociada al suicidio, y el suicidio aumenta de manera impresionante la cantidad de muertes en el mundo. Entonces, ¿de dónde viene

esa muerte? En el suicidio, claro, viene de uno, no es el asesinato. Nosotros tenemos estadísticas de asesinatos, pero no tenemos estadísticas tan claras sobre el aumento de la tendencia al suicidio.

Estamos en un momento en que el mundo se ve atravesado por la presencia de un virus que es el “significante de lo real”, para decirlo en lacaniano. Un virus que, de pronto, nos ataca y nos destruye. Nos ataca y nos destruye, y... ¿dónde está ese virus? En el Otro. ¿Quién es el que nos ataca y nos destruye? El Otro. Es horrible porque acá viene el *Heimlich* y el *Unheimlich*. Es lo familiar, lo más querido, lo que me protegía, el protector ante la muerte, es embajador de la muerte. ¿Quién? Mi hijo que por ahí sale, viene a casa y me contagia y yo me muero; mi nieto, mi mujer. La muerte está alrededor nuestro. No se trata de los sistemas de seguridad médica, el barbijo, las protecciones, no tocarse, el metro y medio de distancia, pero desde el punto de vista psíquico, es entender que mi hijo “me puede contagiar y matar”. ¿Cómo entiende mi hijo o mi mujer o mi amigo que él, que me quiere tanto, puede ser el vehículo de la destrucción o yo puedo ser el vehículo de la destrucción de él?

Estamos ante un problema serio: los efectos de lo siniestro en el mundo del psicoanálisis. Nosotros no necesitábamos ocuparnos hace 30 años de esto porque nos ocupábamos de la represión. Ahora tenemos que tratar de ocuparnos de cómo transformar a este objeto siniestro, que nos puede destruir, en un objeto que ni me destruya y ni yo lo destruya, y que me empiece de algún modo a acompañar en la vida que tenemos por delante. ¿Qué quiero decir con esto? Que el problema de la angustia del COVID va dejando lugar a

otro sentimiento extraño que es convivir, en cierto modo, con el COVID. Toda la tarea de las vacunas está, pero vamos a tener que convivir con el COVID y vamos a tener que convivir con un tipo de angustia complicada. ¿A qué quiero apuntar con esto? Que aquí hay algo que el psicoanálisis contemporáneo cuestiona y discute, que es: ¿cómo se produce esta destructividad humana? ¿Viene con la biología? Y bueno, hay individuos que piensan que sí, hay razones que da la biología. La apoptosis, por ejemplo, que es el suicidio celular. Hay células que se suicidan, que no mueren de viejas ni por enfermedad, deciden morirse. Esto algunos lo trasladan y dicen que la pulsión de muerte en el psicoanálisis puede ser eso que viene de la biología. La otra razón es pensar que el ser humano es ambivalente y más allá de las razones biológicas o culturales, uno ama y odia.

Ustedes saben que Freud, el último Freud, que viene después de "El fetichismo", ese Freud ya no habla de pulsiones de muerte. Habla de pulsiones de amor y pulsiones de destrucción. Esta idea del amor y la destrucción es algo que les lanzo. Ese mundo pulsional amoroso, la cultura actual lo tiende a desaparecer. Lo que aparece es una idea del amor muy criticada, porque dice que el amor "tóxico" es estar demasiado con el otro. Entonces, hay toda una cultura que favorece una especie de contrato narcisista, donde yo descargo mis pulsiones en el otro y me voy. Pero todo esto apunta a que va creciendo un sentimiento en el mundo, que es la soledad. O sea, después de la descarga de mi pulsión, ¿qué queda? El vacío, la soledad.

Sigo avanzando en esta línea. ¿Cómo se manifiesta esta nueva patología que tiene que ver con que algo

dentro de uno me ataca? Es algo dentro mío. Creo que es básicamente el odio de la cultura hacia mí o el odio de mis padres hacia mí, y lo planteo; sé que tiene cierta violencia este planteo, pero es así. O sea, uno ama y odia a sus hijos. ¿Por qué Edipo es ambivalente? ¿Layo y Yocasta no? Bueno, cuando yo me puse a revisar a Edipo, dije: ¿por qué no se sube al estrado judicial, al juicio por Edipo, a Layo y a Yocasta? ¡Que declaren! ¿Por qué Layo quiso matarlo? ¡Que declare! ¿Por qué Yocasta lo sedujo hasta llevarlo al incesto, prácticamente al incesto? ¿Es que ellos no tuvieron nada que ver? ¿Es sólo Edipo con sus pulsiones el culpable?

Entonces, fíjense que toda esta idea que parte, digo yo, básicamente de la lectura de *Lo siniestro*, es un punto que permite entender, básicamente, la importancia del Otro en la constitución del Edipo. *Lo siniestro*, aunque Freud quiera hacerlo equivaler a la angustia de castración del Edipo, es previo al Edipo. Es algo que ocurre en los primeros encuentros, ocurre frente al desamparo. Frente al desamparo, uno puede crear un Yo mítico, un Yo doble, es esa infancia feliz, dorada, maravillosa que yo tuve, que me compensa del abandono, de la soledad de muchos niños.

Yo hago esta correlación con lo actual y digo: ¿por qué hay tantos niños pobres?, ¿por qué hay más niños pobres que padres pobres? Miren qué interesante esto, ¿no? Porque los que van a la guerra son chicos de 18, 15 años. ¿Por qué? ¿Por qué esta tendencia a que los hijos sean los que lleven adelante el camino destructivo? Es para pensarlo.

Esto tiene que ver con un concepto teórico que yo he desarrollado mucho hace ya bastantes años, que es que el psiquismo se conforma en el encuentro

de la pulsión con el Otro, y, en este encuentro de la pulsión con el Otro, hay un concepto que me parece valioso. Uno se identifica; la identificación primaria que desarrolla Freud, que he desarrollado yo después y otros autores. Uno se identifica con aquello del Otro que le da satisfacción. Supónganse: yo tengo hambre, mi madre o mi padre me dan la teta, me dan la comida y yo me identifico con la satisfacción que me da la leche y con el objeto que me satisface. Ahora supónganse, en una exposición rápida, medio didáctica, que mi madre y mi padre me quieren hacer dormir porque ellos tienen sueño. Ahí se produce algo complicado, porque si yo tengo hambre y el objeto que tiene el poder me hace dormir, y termino durmiéndome, agotado de llorar por la comida, termino cumpliendo el deseo del Otro, que es el deseo que yo me duerma. Esto se llama "identificación primaria pasiva". Para mí, todos nosotros llevamos dentro nuestro una tendencia a la identificación primaria activa, que conforma mi Yo, y una identificación primaria pasiva, que es mi otro Yo, que responde a deseos ajenos.

Todo esto que uno ve, que yo vería como algo más originario en los pacientes que sufren, hoy lo vemos como actualidad cultural. La gente vive encerrada, vive protegiéndose de la comida que le da el otro porque el otro puede envenenar con el COVID. Todo esto crea un mundo donde ahora empiezan a aparecer problemas importantes, donde la libido se ve disminuida en la relación con los otros y encerrada en un autocuidado protector. Estamos en problemas, ¿no? Porque ¿qué pasa con el amor?, ¿qué pasa que dicen que la sexualidad ha disminuido entre las parejas? Es, simplemente, porque la libido se está ocupan-

do de desinfectar el vaso, de lavarme las manos cada 5 minutos o lo que sea. Hay que pensar que esa libido tiene un límite. Cuanto más lo use para cuidarme yo, más estoy dejando que la relación con el otro caiga. Entonces, no nos asustemos o no nos sintamos sorprendidos si después de esta peste, como la llamó Freud o la llamó el mundo, haya trastornos en las relaciones amorosas, separaciones, y haya una tendencia que no va a ser fácil modificar, de que el individuo piense en él antes que pensar en el otro o sin poder pensar en el otro.

Esto es algo importante que quiero señalarles. Puede que pase la pandemia, sí, pero habrá muchos trastornos que tienen que ver con la alimentación. Puede haber muchas, muchas depresiones o como quieran llamarlas, soledad. Todo ese camino de la desinversión va a aparecer, y van a aparecer, obviamente, trastornos adictivos. ¿Qué quiere decir? La suplencia, aquello que porque yo no le doy o porque el otro también tiene miedo, me lo da la droga. Entonces, el aumento de la droga es producto de la falta de estímulo libidinal con los otros.

Entonces, ¿qué podría decir yo de la práctica analítica ahora? De la práctica analítica lo que podría decir es que habría que cuestionar mucho, pero seriamente, el problema de la abstinencia. La abstinencia en el análisis es un tema fundamental. La *Ecole* de la orientación lacaniana ha dominado al psicoanálisis. Sin embargo, hoy en día uno podría pensar que un análisis que transcurre en una abstinencia intensa, un analista que no habla, aumenta más el narcisismo defensivo que utiliza cada paciente. Entonces, lo que yo propongo es algo que escribí hace un tiempo. Es que haya una apuesta pulsional del analista con los pa-

cientes, que apueste al encuentro con el otro, que no le tenga miedo, que no le asuste. Esto está muy metido en nosotros, el miedo al otro, y sacarlo va a ser un trabajo de muchos años. Y esto va a modificar la teoría, o sea, si la teoría me decía que yo tenía que defenderme narcisísticamente del poder del Otro, lo cual es cierto, ahora no hay poder del Otro porque el Otro es el enemigo. Esto es lo que tenemos que ver en la teoría: ¿cómo aparece esto del enemigo? Y ahí es donde yo digo que la idea de lo siniestro, la idea de que lo familiar se vuelva siniestro, es una explicación que el psicoanálisis tiene a mano en la clínica actual para entender que lo más importante de lo que está pasando es que mi núcleo familiar, mi núcleo de amigos, el *Heimlich*, lo familiar, lo conocido, lo bueno, lo amoroso, se ha transformado, terriblemente, en el embajador de la muerte.

Ahora, esto que Freud describió no lo retomó después, ni ninguno de los analistas postfreudianos, salvo Lacan que encuentra en lo siniestro el origen de la angustia. No ha habido demasiado trabajo que vuelva a ubicar lo siniestro como un punto central. ¿Qué quiere decir “lo siniestro”? Que yo, como analista, puedo ser el protector de la vida, pero puedo transformarme también en el embajador de la muerte. No tenemos análisis presenciales en general, no sólo porque nosotros queremos cuidarnos de los pacientes, porque los pacientes también quieren cuidarse de nosotros. Este “no cuidarse”, en algún momento, este “cuidarse excesivamente”, en algún momento, va a traer consecuencias, y quizás importantes.

La relación analítica está muy surcada hoy por esta combinación entre un analista que protege, como dije, y un

analista que es embajador de la destrucción. Esto tenemos que tenerlo presente porque depende de una estructura psíquica que se moviliza. Supónganse, cuando Freud, en un viaje, en una parte de la ciudad de Roma, en el barrio de las prostitutas, entra, quiere salir y vuelve a las prostitutas. Con esta compulsión repetitiva es que Freud inicia su descripción fundamental en *Lo siniestro*. Una obsesión a la repetición que domina el movimiento de los neuróticos a lo largo de un periodo grande de su vida. Esta obsesión repetitiva es el camino a lo más duro que describe Freud. Nosotros somos dueños de entender que el individuo vive de repeticiones y transformar esas repeticiones en vida nueva, en deseos nuevos, en historias nuevas. Pero, para eso, tenemos que entender que en el núcleo del psiquismo lo familiar se vuelve, de algún modo, dramáticamente terrible o peligroso. Eso es lo que estamos viviendo ahora de alguna manera disfrazada.

Lo que yo quiero enfatizar ahora es que esto del COVID, lo que pone en juego es un artificio. El COVID es una realidad, pero es un artificio que nos lleva a darnos cuenta de que el Otro no sólo nos ama, nos odia; o sea, que los hijos no sólo aman, sino odian; que los padres no sólo aman, sino odian. Es el odio negado, desmentido por nosotros a veces naturalmente como una salida. Este virus metido en el Otro sólo nos puede contagiar a través del Otro. Entonces, el Otro hoy en día, a través del COVID, es la representación de la destrucción. Hoy en día, pero ¿esto no era así antes? Cuando hay una guerra y pelean los soldados, ¿no es cada soldado de una parte, en la guerra, un representante de la muerte? Los que ordenan la guerra ¿no están pensando

en destruir al Otro? ¿De dónde viene esa destrucción?, ¿siempre en defensa de un país? O es la hegemonía de tener más, de querer más, de que el Otro sea el esclavo de sus ideas. Pensar en esto es pensar en un análisis que se descubrió con Freud a través de la sexualidad reprimida, que encontró ahí un momento maravilloso de éxtasis, todo era levantar la represión; y nos llevó a un Freud que no fue tan tenido en cuenta, que es un Freud que en *Lo siniestro* dice: “Lo siniestro aparece y provoca en el psiquismo humano un enérgico *mentís* frente a la muerte”. ¿Qué quiere decir? Que si yo tengo padres que me pegan, yo voy a producir un enérgico *mentís* sobre que me pegan y no lo voy a recordar y no lo voy a decir, y eso queda incluido como una identificación con un monstruo que tengo dentro mío. Este mecanismo siempre estuvo; fíjense, ¿por qué las mujeres tardan tanto en denunciar las violaciones a las que han sido sometidas? Porque lo guardan adentro negándolo. Hay una parte que niega esa cosa destructiva del Otro, del tío, del amigo, del mismo padre. Esto es el odio del Otro que se mete dentro de uno a través de mecanismos psíquicos que ya Freud describió y que los analistas como ustedes ahora tienen que tomar en cuenta y no quedar paralizados frente a ello. Yo creo que también vamos a tener que ir progresivamente a un análisis más presencial con los cuidados que se deben tener. Yo no niego, yo les digo, me cuido totalmente, no estoy para nada a favor de la negación del coronavirus.

Cuando ustedes proponen estudiar *Lo siniestro*, proponen estudiar un texto que quedó como si fuera un ensayo. Fíjense que pienso ahí también, con Lacan, que se descubre en lo siniestro, la

aparición de la angustia, una angustia mayor. Son huellas mnémicas sin percepción. Entonces, ¡alto! Esto del COVID nos pone en dirección a revisar teorías. No sólo tiene que cambiar la técnica, la teoría tiene que crecer, dando cuenta no sólo del mundo pulsional, sino el mundo del Otro dentro de uno. Y la ambivalencia, o sea, no es posible una sublimación total de las pulsiones donde no exista sexo y no exista odio. Ahora, para el sexo teníamos la represión, con el odio ¿qué tenemos como defensa? La desmentida. Miren, cuando yo soy un niño y tengo unos padres que maltratan, yo lo que hago es desmentir el sadismo parental e identificarme masoquísticamente en el Yo, con esa destructividad. Entonces yo soy un masoquista, pero estoy desmintiendo una realidad muy difícil de tolerar para los chicos, que es el sadismo de los padres.

Frente a esto, los analistas de hoy tenemos que dar lugar a una cosa creativa. Para Freud, la asociación libre era la clave del psicoanálisis con la atención flotante. Yo no digo que no, es un aspecto importante, pero hay un momento donde no hay asociaciones libres. No es que haya una resistencia, hay un vacío. Hay un vacío psíquico porque no hubo amor, y ese vacío psíquico no se llena con las palabras que uno espera del paciente, sino se llena con lo que el analista puede pensar, que viene de su propio inconsciente, y acá la importancia del análisis personal del analista o de supervisiones cuando uno se siente empantanado y no puede avanzar, porque lo que lo pone en marcha es que uno descubra todo esto que el paciente transmite a través del vacío.

Otra cosa importante. No podemos pensar que el análisis cura solamente por hacer consciente lo inconsciente, no.

Esto es una parte de la cura que tiene que ver con el aquí, ahora, conmigo, con la transferencia, pero lo que más cura es el vínculo. El vínculo que tiene que ver con el último Freud, que dice: "Ya no es la sexualidad la pulsión". La sexualidad es una parte de la pulsión de amor. El amor es mucho más que la sexualidad, y ese amor es lo que llamaba "Eros".

Es el interés que yo tengo en poder descubrir lo que al paciente lo hace sufrir, y ese interés que yo tengo es la clave del análisis, porque ese es el amor que no tuvo en la infancia.

Hay una diferencia entre negar la realidad del COVID y negar la realidad de que mis padres han sido sádicos conmigo, maltratadores. Hay una diferencia entre la negación, que tiene algo de psicótico, y la desmentida estructural, que es una cosa como decir: "Yo ya sé que me tengo que cuidar del COVID, pero, aun sabiendo que me tengo que cuidar del COVID, puedo hacer cosas que no son peligrosas". No tengo que quedarme encerrado, atado, como me mantuvieron encerrado durante un año. Hay cosas que uno puede hacer; yo, por ejemplo, hoy, terminé una sesión y salí a la calle y caminé cuatro cuadras con mi barbijo, pero dije: ¿por qué no puedo salir?, ¿por qué no puedo ver gente?, conectarme con la gente. Entonces, esto que les digo, esta desmentida de que es peligroso salir, esta desmentida es sana, es: "Yo sé que es peligroso salir y satisfago mi pulsión".

El concepto de *abstinencia* surge de un texto freudiano, a mi gusto mal leído por los psicoanalistas. A mi gusto, una equivocación de Freud, una perla de una equivocación, muy clara, de Freud. En *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia*, Freud descubre que

el amor edípico se reedita en el campo analítico y se llama *transferencia erótica*. Esta transferencia erótica, dice Freud, que tienen todos los pacientes que se analizan, es la transferencia del amor, del amor edípico. Freud, en 1912-1914, estaba muy preocupado por ciertas transgresiones de sus discípulos, por ciertas transgresiones de Ferenczi, de Jung. Entonces, él ahí dice que el problema de la transferencia erótica, vuelvo a decirles, del viejo amor edípico que se reedita naturalmente en un análisis, provoca en los analistas una reacción que por primera vez se llama *contratransferencial*, a la cual él dice: "Hay que sofrenar". Ahora, fíjense qué interesante para pensar. Freud, descubridor del psicoanálisis, de lo reprimido, de que no se puede dominar con la conciencia, sino con el análisis, aconseja *sofrenar*. Lo que se hace con los caballos: sofrenar con las riendas. Entonces, él impone una norma técnica: *sofrenar* la contratransferencia erótica, en lugar de proponer ¿qué?, que ese es el momento en que un analista tendría que analizarse para poder disolver esa contratransferencia erótica y tener una contratransferencia sublimada, con la cual pueda dialogar con el amor de transferencia. Dialogar con ese viejo amor para que se transforme en un nuevo amor, exogámico. Pero entonces, de ahí, él aconseja la abstinencia: "El análisis tiene que transcurrir en abstinencia". Yo digo: por un problema cultural, que era el miedo que él tenía a la reacción de la cultura sobre las transgresiones de algunos analistas discípulos de él frente a la aparición de la transferencia erótica, por una razón de ese tipo. Vuelvo a aconsejar el análisis no sólo para ser analista, sino para

resolver eso que quedó pendiente. Esto se transformó, desde la IPA, desde otras condiciones de los analistas, en una regla de oro, todo tendría que transcurrir en abstinencia. Entonces, desde esa lectura, se dio el hecho terrible de que transcurría todo el análisis sin que un analista hablara. Entonces, todo lo que era hablar, era un *acting*. Entonces, lo que yo dije, la posibilidad de transformar esa abstinencia en un acompañamiento, en un alojamiento adecuado, es un cambio analítico que se está dando naturalmente. O sea, la abstinencia tiene que existir, pero es una abstinencia ética. Yo no le puedo decir a un paciente: "Haga esto, haga lo otro".

Para sintetizar: ¿cómo se analiza esto nuevo? Se analiza poniendo en jue-

go el análisis del analista, la supervisión del analista y el inconsciente que se despierta en cada situación analítica donde uno trabaja. En uno se despierta no sólo la teoría, se despierta también ese inconsciente de uno que no está analizado como debería. Es traer elementos que el vacío del paciente no puede traer. El vacío del paciente se llena si uno puede autoanalizar en sesión esos toques, esas resonancias que tiene lo que le pasa al paciente en uno. ¿Cómo acoger todo? Es difícil plantearlo así, pero el intento tiene que ser acoger lo máximo posible. Retener lo máximo posible. Ese es el desafío del análisis; el desafío del análisis no es ser omnipotente, pero siempre es buscar poder ser más útil, más claro.